

***El llamado de Oriente.
Historia cultural del
orientalismo argentino
(1900–1950)***

AXEL GASQUET

Buenos Aires: Eudeba, 2015.

Lila Bujaldón de Esteves*

CONICET / Centro de Literatura Comparada,
FLL, UNCuyo

El proyecto de investigación «Les Orients désorientés» que dirigen Jean Pierre Dubost y Axel Gasquet está dedicado a las representaciones imaginarias del «oriental» y a la desorientación de la noción de Oriente en la actual globalización, la que ha suscitado una relectura del orientalismo y la consideración de su vasta multiplicidad en un contexto internacional¹. 236 237

Desde esta premisa es que el investigador y académico franco–argentino Axel Gasquet nos ofrece su segundo libro sobre un tema tan atractivo, relegado y prometedor como el de las relaciones de la cultura argentina con ese inmenso conglomerado de culturas que denominamos «orientales». En el primer libro, *Oriente al Sur* (2007)², Gasquet se ocupó centralmente del orientalismo literario del siglo XIX, eligiendo importantes autores de nuestro país como por ejemplo Esteban Echeverría, Juan B. Alberdi, Lucio V. Mansilla y Domingo F. Sarmiento. Incluyó también algunos escritores posteriores (Leopoldo Lugones, Jorge Max Rohde y Roberto Arlt) que mostraban líneas de continuidad ideológica o estética con el orientalismo europeo y el vernáculo en gestación.

En *El llamado de Oriente* se amplía la mirada y la búsqueda por sobre lo estrictamente literario a otros espacios culturales, como por ejemplo la filosofía, la historia, el periodismo, la geopolítica, las relaciones diplomáticas, allí donde hallaron resonancia distintos intereses por el Asia en la Argentina de la primera mitad del siglo XX. Gasquet precisa el número de los intelectuales argentinos, quince aclara, puestos bajo su lupa en cuanto a la producción de «escritos orientales» y demuestra el interés creciente del público letrado por las culturas de Oriente. Uno de sus objetivos es poner en relación dichos textos con las coordenadas no sólo generacionales, sino también con el discurso occidental coetáneo sobre el Oriente.

En primer lugar el libro de Gasquet nos ofrece una amplia y fundamental parte introductoria que se detiene especialmente en la coyuntura histórica de la Primera Guerra Mundial como desplazamiento occidental hacia otras culturas y formas de pensamiento que no arrastran, como el racionalismo, positivismo y la ideología

* Es Doctora en Letras. Profesora de Literatura Alemana y Austriaca de la Universidad Nacional de Cuyo y miembro de la carrera del investigador científico de CONICET. Dirige el Centro de Literatura Comparada de la UNCuyo y su publicación, el *Boletín de Literatura Comparada*. Sus campos de investigación: interrelaciones culturales argentino–germanas, literatura de exilio, imagología literaria, literatura de viaje, historia de la Germanística. Ha sido presidenta de la Asociación Argentina de Germanistas (2006–2008) y de la Asociación Argentina de Literatura Comparada (2005–2007).

del progreso, el peso de la catástrofe humanitaria sufrida. Tanto el mismo viaje a Oriente, como el interés por corrientes espiritualistas, sea el misticismo, la teosofía o el pacifismo, se encuentran presentes en el mosaico de intelectuales argentinos que abordaron temas «orientales» en el período propuesto por el autor.

La primera de las tres partes que integran *El llamado de Oriente* recoge textos surgidos de los viajes por destinos lejanos de Ernesto Quesada (Rusia y el Oriente), Carlos Agustín Aldao (Asia y África), Manuel Gálvez (Egipto y Tierra Santa), Víctor Mercante (Egipto, Medio Oriente) y de la única pluma femenina del grupo: Delfina Bunge (Levante y Mediterráneo Oriental). Esta escritora encarna lo que Gasquet denomina «orientalismo invertido» o antiorientalismo, es decir que así como otros intelectuales rechazaron el eurocentrismo en pro de una apertura al Oriente, otros, como Delfina Bunge, preconizaron el retorno a las fuentes de un universalismo cristianismo, opuesto al Occidente racional, técnico y moderno que había estado profundamente comprometido con la conflagración mundial.

El lugar inicial de la segunda parte está reservado a la cuestión de la traducción, esta vez centrada en la poesía de Omar Khayyam y las varias versiones que se realizan en el ámbito hispanoamericano por estos años. El tipo de obra lírica del poeta persa coincide con la búsqueda espiritual de muchos jóvenes alrededor del Centenario y, a través de ella, se acercan a cuestiones filosóficas y místicas poco frecuentadas desde tiempo atrás. Un lugar destacado obtiene en el libro de Gasquet la figura del traductor Carlos Muzzio Sáenz-Peña, quien rebasa esta tarea de mediación lingüística para incluir en su obra literaria el tema oriental, tanto en la narrativa como en sus propias poesías. El siguiente capítulo lo ocupa el estudio del motivo árabe en autores como Ángel del Estrada, Arturo Capdevila y Álvaro Melián Lafinur, en el marco del modernismo y posmodernismo. El denominador común está dado por la incorporación de valores positivos en la representación estética del Oriente llevadas a cabo en las distintas obras, frente a los clichés fuertemente arraigados de la ignorancia, el despotismo y el fanatismo religioso adjudicados a los países árabe-musulmanes. También estos escritores destacan la incorporación de la cultura árabe, encarnada en *Las mil y una noches*, al canon de la literatura universal del que se nutre el cosmopolitismo argentino. De gran valor para el historia de la filosofía argentina es el capítulo que Gasquet dedica en esta segunda parte a Vicente Fatone, cuya obra constituye «el primer esfuerzo sistemático de comprensión, en Hispanoamérica, del pensamiento de la India y del budismo...» (245). Con el filósofo comienza un abordaje académico riguroso de este ámbito del pensamiento oriental que él, en forma pionera, difundió a través de sus clases, conferencias y varios libros.

La tercera y última parte de esta «Historia cultural del orientalismo argentino» entre 1900 y 1950 se ocupa de personalidades curiosas y valiosos intermediarios que tuvieron papeles trascendentes en coyunturas históricas únicas, como la Segunda Guerra Mundial en el Pacífico o la caída del Imperio Otomano, todos ellos con un fuerte anclaje y resonancia en la Argentina. Asombra la labor de difusión llevada a cabo por Emir Emin Arslan en sus libros y tarea periodística para la divulgación tanto de temas orientalistas como acerca de la realidad política del Medio Oriente entre el Centenario y los años 40; su existencia como intermediario había comenzado primero en Buenos Aires como cónsul imperial para afincarse allí definitivamente hasta su muerte como exiliado político. De no menor interés es la peripecia de Ramón Baldomero Muñoz Lavalle, a quien le tocó vivenciar e

informar como reportero internacional sobre sucesos tremendos acaecidos en el Extremo Oriente, primero a raíz del conflicto chino-japonés en Manchuria y luego, con el estallido de la Segunda Guerra Mundial. También dejó libros que de primera mano abordan la situación socio-política contemporánea de Japón, China y Filipinas desde la perspectiva privilegiada de testigo. Otro diplomático argentino en tiempos de guerra, Alberto María Candiotti, reelabora su largo contacto con Siria y el Líbano en obras de ficción centradas en los tiempos legendarios de dichos países árabes, obras que sin embargo retoman todos aquellos tópicos (el desierto, la cautiva, el caudillo/déspota, el nómada, la frontera) que han conformado obras «canónicas» de la literatura nacional.

La conclusión general no solo ofrece una síntesis sobre el lugar del conocimiento e interés por el Oriente en la época escogida, sino que también promete la ampliación de esa polifacética «cartografía» a otros autores y grupos literarios de gran peso en la cultura argentina, como lo es el así llamado Grupo Sur.

238 239

Gasquet articula en sus reflexiones finales la evolución del orientalismo argentino con los cambios mundiales de la primera mitad del siglo XX, los que aun en una situación periférica, impactan y suscitan respuestas en la propia cultura nacional. Desde la comprobación de una «moda oriental» que es capaz de originar también sus detractores, el autor deslinda las diferentes funciones que cumple en cada intelectual local el ocuparse de la literatura, la filosofía, la historia, el arte, la realidad socio-política, de aquella inmensa zona imprecisa que comienza donde acaba el Occidente. Este orientalismo carece del mandato de la justificación o expansión coloniales que sustentaba al «clásico» europeo estudiado por Eduard Said. De instrumento de análisis negativo de la realidad socio-política nacional del siglo XIX, Gasquet lo ve evolucionar como factor de apertura cultural, muchas veces fundado en un conocimiento experiencial y genuino del Oriente. Sobre esa base construye Gasquet su optimismo: el esfuerzo deconstructivo de prejuicios junto a los encuentros culturales van en la dirección de lograr nuevas síntesis superadoras por sobre una antinomia estancada en la alteridad «oriental». Sus esfuerzos por sacar a luz la historia cultural de las relaciones entre Hispanoamérica, específicamente la Argentina, y el Oriente constituyen un paso concreto en la reorientación y valoración de estos intercambios culturales en los ámbitos americanos, que no llevan las marcas de la hegemonía, impresas desde su nacimiento en el orientalismo europeo.

El mayor conocimiento logrado no es aquí erudición «orientalista», sino aportes desde la Argentina a una mayor comprensión de las formas de presencia de vastas culturas extra-europeas etiquetadas como «orientales» en una alejada región austral.

Notas

¹ Puede consultarse su página <http://lesordesor.hypotheses.org>

² Gasquet, Alex. *Oriente al Sur*. El orientalismo literario argentino de Esteban Echeverría a Roberto Arlt. Buenos Aires: Eudeba, 2007. Existe una edición en francés traducida por Julien Quillet: *L'Orient au Sud*. L'orientalisme littéraire argentin d'Esteban Echeverría à Roberto Arlt. Clermont Ferrand: Presses Universitaires Blaise Pascal, 2007.